

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año I

Santiago, 8 de Abril de 1900

Núm. 2



TÉ 18!

TÉ 18!!



Se vende hoy en todo Chile, habiéndose difundido con extraordinaria rapidez.

MATER DOLOROSA

Imaginé, María, tus dolores,
si pudo alma mortal imaginarlos,
y ¡cuánto me atormenta descifrarlos
con pobre lengua y pálidos colores!

En tus ojos miré los resplandores
que arrojaron á Dios al contemplarlos
y tus suspiros me atreví á exprimarlos
al desmayar el sol de tus amores...

L. BARROS MÉNDEZ

INSTANTÁNEAS



ABRIL

F. MAS



LA SEMANA SANTA

No podríamos prescindir de dar cabida en estas páginas á la nota más importante y más grande de la semana que empieza. En estos días la vida diaria turbulenta y febril, se detiene un momento, y da paso al solemne desfile de los sacerdotes con ornamentos negros, de las mujeres ceñidas con los mantos tradicionales y del pueblo embargado por altísimos pensamientos.

Las campanas dominan al principio bulliciosamente las serenas alturas de la ciudad, y el órgano estremece las bóvedas de los templos y las llena de armonías vibrantes y bíblicas; pero después enmudecen ante la solemne recordación de los grandes misterios.

En estos días, las calles se pueblan de mujeres con manto, y salen á ellas, caras nuevas y ojos desconocidos que, contenidos por mucho tiempo tras las ventanas de la casa, se desbordan entre los pliegues del manto y dan juegos de luz como si fueran brillantes de buena ley.

Santiago toma entonces más que nunca su peculiar aspecto de ciudad criolla: movimiento inusitado en los pórticos de las iglesias, soledad en las calles, silencio en las noches. Parece que el espíritu bullicioso de otros días hubiera enmudecido al peso de los grandes recuerdos religiosos, y esperara anonadado el repique de Gloria para volver á surgir en las calles, en los paseos y en los barrios comerciales.

La Semana Santa es para unos la época más grande y solemne del año; para otros, sólo un descanso en medio de las tareas diarias; pero para todos, aniversario religioso cuya grandeza es imposible desconocer.

En Europa cada ciudad exhibe en las fiestas de Semana Santa el sello peculiar de la raza y de las tradiciones. Santiago muestra al extranjero sus calles pobladas de mantos bajo cuyos movibles pliegues resalta el contraste de luz de las mujeres hermosas y la recogida y púdica mirada de sus ojos negros.

DON CLEMENTE

Un nombre basta á veces para evocar el recuerdo de todo un rincón de nuestro pasado que dormía en la sombra. Era un nombre olvidado, que no habíamos oído en muchos años; pero que al sonar en nuestros oídos, despierta como ecos las imágenes á él vinculadas, los hechos, las sonrisas y las inquietudes de los días lejanos en que ese nombre nos fué familiar.

Toda una época de mi niñez surgió clara y nítida, viva y animada como un cuadro de cinematógrafo, al leer en un periódico de provincia la noticia del fallecimiento de don Clemente Fagalde, mi primer maestro de gramática.

Vi al punto el edificio del Liceo en que cursé el primer año de humanidades, con sus patios enormes convertidos en lagunas durante el invierno, sus salas blanqueadas muy grandes y muy frías donde agujereamos los ladrillos con los paraguas en los días de lluvia, su imponente biblioteca, donde saqué tres *dees* en historia sagrada, el primer triunfo de mi vida, mi vanidad primera.

Y vi á don Clemente, el buen viejo pequeñito y flaco, un poco calvo, con barba escasa, gris y desgredada, los ojillos ribeteados de rojo, las anchas narices llenas de pelos, el bigoté tieso avanzando sobre una boca en que el viento de los años se llevaba rápidamente la negruzca dentadura.

Y lo vi sentado en su tarima en la clase de gramática muy envuelto en el eterno macfarlán color guinda seca con el cuello de terciopelo raído, y mostrando bajo la mesa dos grandes zapatos de suelas muy gruesas y sus pantalones comidos por el uso en los talones y tobillos.

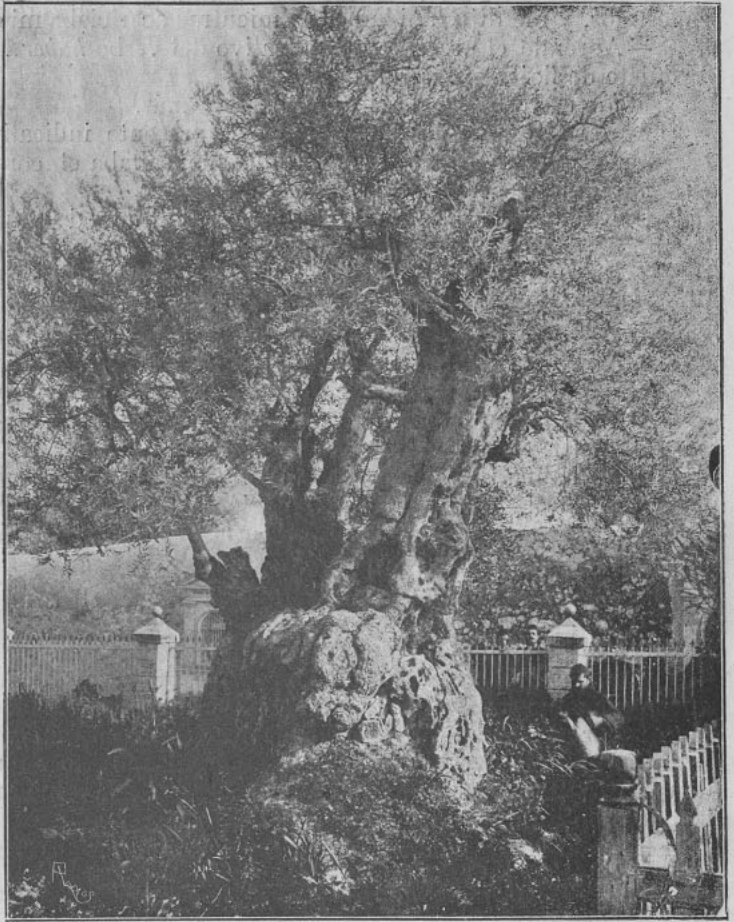
¡Oh, bondadoso, incomparable don Clemente! Nos enseñaba gramática siguiendo al pie de la letra la enorme obra de Bello, de que no tuvimos el gusto de entender ni una palabra; y me había tomado mucha ley porque le recitaba sin vacilar, de punta á cabo, páginas enteras de las sublimes y poco comprensibles doctrinas del gran venezolano.

Era yo el primero de la clase, el primero en una banca pegada á la pared en que nos sentábamos por orden riguroso de méritos.

Don Clemente me miraba como una joya de su clase. Nadie sabía más, nadie aprendía mejor lo que él deseaba y como él lo deseaba; á nadie tampoco consagraba más esquita atención y más cariños.

Pero un día comencé á debilitarme en mi aplicación, flaqueaba en las respuestas, me quitaron el primer asiento y con visible dolor de don Clemente y despecho mío, rodé hasta el sexto lugar. Los compañeros se vengaron de mi antigua insolencia de favorito y pagué en mi orgullo y mi amor propio, que eran grandes á los ocho años, mi deplorable pereza.

Al verme en el sexto lugar, más abajo de un negro muy gordo á quien teníamos por



EL HUERTO DE LOS OLIVOS

bruto y á quien le brotaba la necedad por los agujeros que en la cara le dejó la peste, don Clemente no pudo contenerse: á la salida de la clase me cogió por el hombro y me dijo á hurtadillas con gran misterio:

—Te espero en casa... ¡Silencio!

Y se alejó por el corredor haciendo sonar sus enormes zapatos.

Al caer la tarde, antes de comer, fui á su casita en los arrabales, deslizándome á lo largo de las paredes con la conciencia de que por vez primera me mezclaba en un hecho delicado y misterioso.

Me abrió él mismo; dió una mirada inquieta á la calle como un criminal que no quiere testigos, y me dijo rápidamente, mientras acariciaba mi cabeza con ternura casi paternal:

—Aprende el presente de indicativo del verbo *haber*... ¡Cuidado con decirle á nadie!... Y déjate de flojeras!... ¡Adiós!

Y me cerró la puerta sin una palabra más.

Al dormirme esa noche, sabía yo el presente indicativo del verbo *haber* con toda su escandalosa irregularidad; y al otro día me saltaba el corazón mientras entrábamos en la clase de gramática.

Don Clemente pasó lista, sin alzar la mirada de su cuaderno. Yo no me atrevía á levantarla del suelo.

Y como un hombre resuelto á llegar al último extremo, ahogando su evidente remordimiento, el profesor miró al muchacho que ocupaba el primer lugar y le dijo bruscamente:

—A ver, tú: el presente de indicativo del verbo *haber*.

El chiquillo se llevó un dedo á la boca, miró al techo y dijo con timidez:

—Yo habo, tu habas...

—¡A ver, el otro!—exclamó don Clemente.

—Yo había, tu habías.

—¡Al otro!—gritó el profesor fingiendo que se indignaba ante tal ignorancia.

Y los otros tres callaron en presencia de la pavorosa pregunta, hasta que yo respondí á mi turno.

—He, has, ha, hemos, habéis, han.

Y pasé al primer lugar en medio de la estupefacción de todos y con una sonrisa cariñosa y criminal de don Clemente.

Pasamos muchos días el profesor y yo sin mirarnos, huyendo de la ocasión en que, al encontrarse nuestros ojos, iban á delatar el tremendo fraude. Pero yo estudiaba con tesón para pagar al bondadoso viejo su cariñoso delito en mi favor.

Después anduve por el camino de la vida mucho y muy lejos, tanto que la imagen de don Clemente y hasta el presente de indicativo del verbo *haber* fueron velándose y desvaneciéndose en mi memoria.

El buen hombre ha muerto, acaso en la pobreza. ¿Por qué no lo he buscado para ser su amigo? ¿Por qué lo olvidé? Probablemente él me ha seguido desde lejos y me ha profesado siempre el cariño de los días lejanos.

¡Oh, mi dulce, serena y luminosa niñez! Su nombre te ha despertado viva y animada en el fondo de mi memoria.

¡Oh, mi maestro de gramática! Tú me sacrificaste tu dignidad de profesor y hoy tu solo nombre me trae una fresca brisa del pasado para sacudir de mi alma el polvo de tristeza que acumuló el tiempo. ¡Dios te haya perdonado el fraude del verbo *haber* en gracia del amor con que lo cometiste.

C. S. V.



Dos reporters de esos que dialogan supuestas declaraciones de detenidos, inventan reportajes con altas personalidades, visitas de actrices buenas mozas, crímenes espeluznantes, y combinaciones ministeriales inverosímiles, se sientan en una mesa del Excelsior:

—Mozo, traiga queso!—grita uno.

—Bueno, señor; le traeré queso *de bola*.

—Chico! nos han conocido!

El amo.—Juan, no puedo aguantarte más en mi casa, á pesar de que me hallo contento de tu trabajo. Pero es en verdad insoportable verme robado continuamente y estar seguro de que tú eres el autor de los hurtos.

Juan.—Yo se lo ruego, no me eche V... Siempre es un consuelo saber dónde van á parar los objetos que desaparecen.



INSTANTÁNEA DE SANTIAGO

II

LA PLAZA DE LA VEGA

Dediquemos una página á bosquejar la *Plaza de la Vega*, que nos ofrece un espectáculo eminentemente nacional, no parecido á ningún otro, últimos restos de nuestra antigua vida de pueblo pobre y sencillo; poco á poco irá desapareciendo la Vega y el espacio que ocupa el popular mercado, lo cruzarán las líneas férreas de circunvalación, las de tracción eléctrica, las de teléfonos y todos los servicios con que la civilización ha ido dando comodidad y ornato á la vida de los pueblos; se alzarán en esos terrenos, hoy baldíos, inmensos palacios fiscales; casas señoriales de gran lujo arquitectónico y quizás también si la humilde vivienda de algún pobre empleado, que á fuerza de economías ha podido reunir peso sobre peso el valor que invierte en lo que será la herencia de sus hijos.

La Plaza de la Vega no es conocida de todos; para gozarla es preciso madrugar, y no todos nos levantamos con el sol. Mirada desde el Cerro, semeja un hormiguero: son filas interminables de personas que estrechándose, dándose con los codos, van de un lado á otro por entre un centenar de carretas, llevando á cuestras ó en los brazos sacos con legumbres ó canastos colmados de carne y verduras.

Quien quiera llegar hasta ese laberinto que ocupa dos cuadras de la ribera del Mapocho, atraviese las frondosas nuevas avenidas, pase el puente de San Antonio, y andando una media cuadra hacia Bella-Vista, se encontrará de improviso en el foco de la ebullición, ante un mar de cosas y de gentes, con sus bramidos sordos y su agitación incesante.

Cuanto puede necesitar de legumbres y verduras la mesa más delicada hay en esa feria; carretadas de papas domas, coloradas, amarillas, ariscas y pehuenchas ofrecidas en sacos ó en cajones de á fanega, colocadas en hileras haciendo calles, enormes montones de choclos de hoja plateada; grandes filas de cebollas de cabeza á peso el ciento; las pintadas zanahorias; los colorados tomates; los zapallos de carne dorada; las nombradas berenjenas; el repollo crespo; los sabrosos pimientos; las achicorias de hoja enmarañada; las cuelgas de ajo; el apio oloroso; la lechuga verde del país y la morada francesa; los porotos tiernos y

los granados; las arvejas; la chuchoca; los ajíes picantes; las sandías de jugoso fruto; los melones de carne apetitosa; las temidas calabazas; y... cuanto se desee ó necesite.

Más allá javas llenas de gallinas que viendo las canastadas de huevos que hay á su lado, cacarean, y gritan tanto como el hombre que las pregona; ó como el latero que haciendo sonar sus tarros ofrece las teteras, los jarros, las regaderas, los embudos y otras baratijas; ó como el falte ambulante que pasa vendiendo miriñaques á cinco la vara, alfileres de cabezas de colores, peinetas de cacho ó de goma, cintas ordinarias, las horquillas para el pelo, los botones, el hilo para hilvanar, las tijeras de latón, los pañuelos con retratos de Prat ó Balmaceda, y los calcetines finos á tres pares por un veinte.

Aquel hombrón gordo y grasiento de más allá vende malayas, guatitas, patas de cordero, pedazos de lomo, una choquezuela á diez centavos y un puñado de *garreo* por un cinco.

Y todo, y cien veces más que como esto, ofrecido á gritos, regateado del mismo modo, entre el gruñido del uno, el chillido de una sirvienta ultrajada en su dignidad, el requiebro zalamero, las ofertas de limones por docenas, los gritos del carretelero que ofrece por dos chauchas llevar todo á la casa, el mugir de los bueyes uncidos al yugo, el ladrido de los perros, y si se quiere, la trompeta del juicio final; hasta que medio sordo y aturdido, sale huyendo de aquel infierno el curioso poco acostumbrado á bullicios y algarabías.

Esa es la Plaza de la Vega.

H. F.



Carlos Silva Vildósola

Su retrato no se publicará jamás en ninguna galería de *chicos de la prensa*.

Porque no es bohemio ni modernista, ni trata de tú á las potencias europeas.

Su labor en la prensa ha sido grande: todos los días en la brecha, la brecha más temible de Santiago, *El Chileno*, asaltada por millares de lectores cada día. Escribir en diarios que no circulan es una gollería; por el contrario, satisfacer á públicos tan numerosos y tan abigarrados como el del diario popular por excelencia, es ya tarea ardua y que cuesta muchas fatigas y sinsabores.

Pero como Silva Vildósola es periodista de veras, ha llevado la pesada carga siempre sonriendo, siempre contento. Bien que los aplausos ayudan mucho á alivianar ese peso.

Todos los días, durante varios años, Silva ha conversado con sus lectores, amable, discretamente, sin presunciones de conductor de pueblos, ni bajezas de adulador de multitudes.

Nutrido su espíritu con abundantes y sanas lecturas, así aborda los más grandes problemas con seguridad, como hace con la pluma dibujos llenos de gracia, gracia seria, por decirlo así, sin abusar de la caricatura, sin dejarse atraer por el fácil éxito de la carcajada fuerte y brutal, que á tantos escritores echa á perder.

La malicia, la mala intención que tanto periodista necesita tener para que no le muelan al primer envite, no tiene en Silva los refinamientos de crueldad, las aficiones carniceras que á otros periodistas distinguen.

Ahora va á Europa.

Y es seguro que no será un viaje inútil, porque Carlos Silva está admirablemente preparado para que, si él entra en Europa, Europa entre también en él.



D. José M.ª Terry y Vienne
Teniente de Navío



D. Jacobo Mac-Mahón y Sochí
Comandante



D. Manuel Carvalho y Gargollo
Teniente de Navío

ACTUALIDAD

Los Marineros Españoles y el Crucero RIO DE LA PLATA



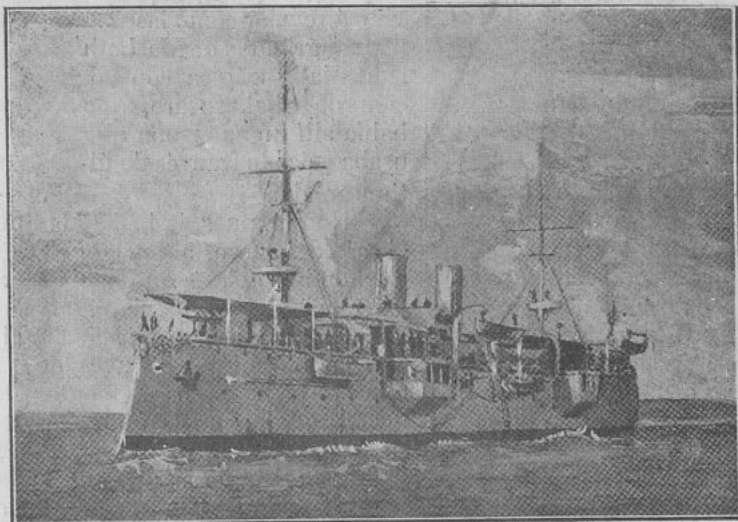
D. Fernando Bruquetos Fernández
Teniente de Navío

Ha llegado á nuestras costas, desplegada al viento la bandera rojo y gualda, un crucero de la armada española, trayendo á su bordo un grupo de esos ilustres marineros tan rudamente probados en las sangrientas y gloriosas derrotas de Cavite y Santiago de Cuba.

El *Río de la Plata* es un pedazo de España, un pedazo de esa tierra á que estamos vinculados por la sangre, por la historia y



D. Antonio Ragó Echenique
Teniente de Navío



El Crucero RIO DE LA PLATA

por la tradición; y no podemos menos de ver con el corazón emocionado esa parte pequeña de la amada patria que atraca á nuestras playas con la ensangrentada pero gloriosa bandera, símbolo siempre de imperecederas glorias!

Sobre la cubierta de ese buque se alzan las nobles figuras de los héroes, mucho más gigantes en las horas de la desgracia que en las tranquilas y enervantes tareas de la paz.

En los buques de la armada española hay recuerdos, hay historia, hay sangre quemada por los polvorazos y santificada por la muerte, hay girones de bandera deshechos por la metralla, y flotan al rededor de esas cofas y de esos cañones los esfuerzos titánicos de una nación que defendió con toda su sangre, con



D. Antonio de Goñi y Sol
Teniente de Navío

todos sus nervios, con todas sus agonías, la justicia y el derecho de esos dominios tan costosamente ganados!

Salud y bienvenida en esta tierra de bravos, á esos valientes, que son nuestros hermanos al través de la distancia y de los mares!

No echarán de menos la hidalguía castellana y la ruda franqueza de caballeros, los que llevan en sus venas la sangre que nosotros llevamos en las nuestras.

Salud y bienvenida á los marinos españoles del *Río de la Plata!*

El *Río de la Plata* ha sido construido por una suscripción popular, al calor de las grandes desgracias de la patria, y simboliza la reacción nacional, para volver á alcanzar los días de gloria, ofuscados en esas jornadas sangrientas.

INSTANTÁNEAS hace un honor de rendirles este homenaje á su llegada á Valparaíso, y presentarles su adhesión á la patria ausente y su admiración á las glorias tan injustamente tratadas por la suerte, pero también tan defendidas por el valor.



ACTUALIDAD

El crimen de la calle de Santa Rosa

Lo que al principio pareció un vulgar hecho de policía, un asesinato como hay tantos en este país, ha resultado formar una intrincada madeja que ni Dios entiende.

Un detalle sangriento, de sumo ingenio, novelesco casi, la huella de la planta del asesino marcada con sangre en el suelo, y descubierta por uno de los agentes de pesquisas, vino á revelar como las manos sangrientas de Macbeth la genial y trágica concepción de Shakespeare, que había allí una persona que usaba calzado francés de última moda.



La víctima



Casa donde se cometió el crimen

No era, pues, la brutalidad del roto la que había inmolidado, al tajo del corvo, al anciano Troncoso; era el solapado cálculo del hombre *decente* que había sacrificado á bastonazos la débil existencia del pobre viejo.

Gran misterio se ha hecho al rededor del asunto. Los que han podido mirar al través de la entreabierta mampara de la sala del juez, en los momentos de interrogación y careo, han visto un paletó azul, que se mostraba á los declarantes... Qué signifique en el proceso esa pieza, qué prueba forme, por qué se aduzca, son cosas que aun no se puede averiguar del mutismo calculado de los funcionarios que conocen del asunto.

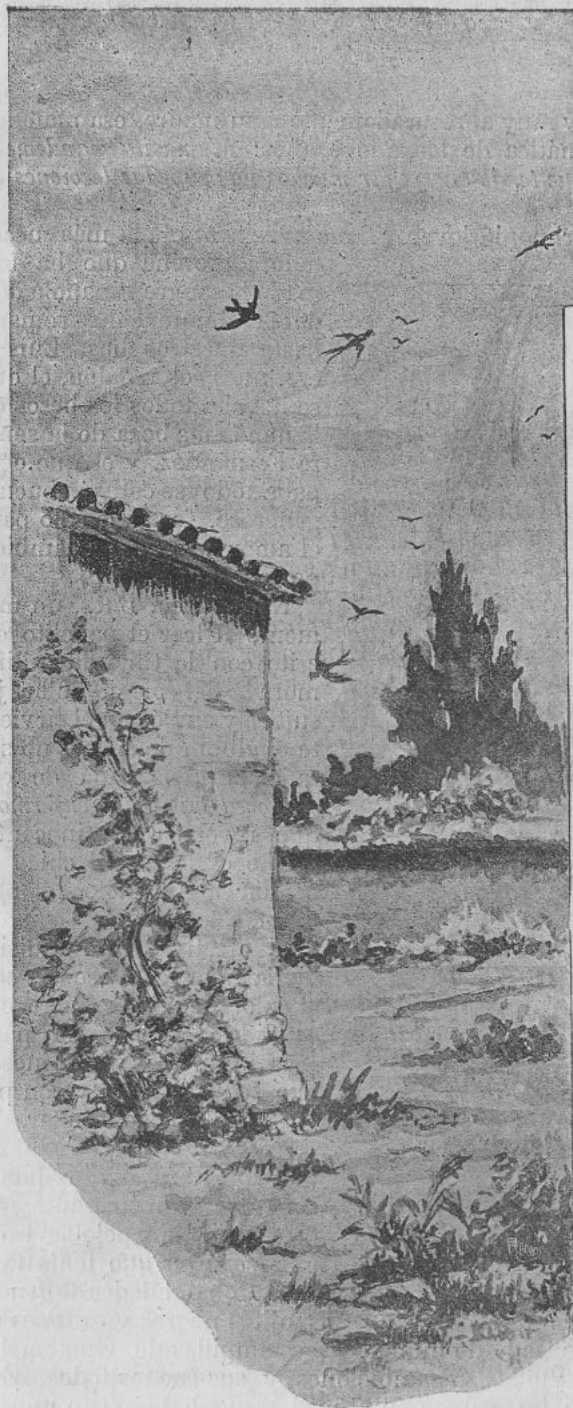
Se ha susurrado que los agentes de pesquisas que trabajan en la investigación del crimen se quejan de que no se les deje las manos libres y se le cortan los caminos que ellos creen conducen á la luz. Pueda ser que todo esto sea fantasía y que los jueces no tengan interés ninguno en echar sobre el asunto la tierra de estilo.

Pero es un amargo hecho que en Chile sólo son misteriosos y lentos los procesos de crímenes en que figuran delincuentes de levita.

Cuando se averigua todo y se les quiere apresar, ya han encontrado asilo en cualquier país con el que no tengamos tratado de extradición.

Ojalá el misterio de este crimen cese enteramente. Es demasiado breve, demasiado sencillo, para que se cierna tanta oscuridad y tanto enredo sobre él.

Entretanto esa casa de la calle de Santa Rosa guarda el secreto del crimen, que presenciaron mudas las paredes y el piso que recibió desplomado y sangriento el cadáver del anciano.



Página de Album

A ELVIRA

I

El amor es golondrina
que á quietarse no se allana
ni en collado ni en colina;
hoy anida en tu ventana
y mañana
en mi alero se avecina.

II

La amistad es yedra eterna
que en verano adhiere á un muro
y en el mismo muro inverte,
y que al cabo si su tumba
halla el muro, de seguro
con el muro se derrumba.

III

A la amistad nada arredra,
así pues, flor peregrina,
no te olvides de esa yedra
cuando seas golondrina!

Diego DUBLÉ URRUTIA

EL SELLO DE GUATEMALA

(CUENTO CORTO)

Luisito había escrito desde el colegio y muy apresuradamente á su madre, esa mañana, un papel que decía con la peculiar gramática de los nueve años: *Mamasita mandeme el album de sellos lo mas luego que pueda porque tengo que pegar muchos hoy supe las lecciones no crea que estoy enfermo.*

Luisito era el primogénito de un matrimonio joven. Y esa *mamasita* era la más encan-

tadora morena que ha formado la sangre española desde la dominación romana hasta nuestros días. Luisito era, pues, el regalón, el que se llevaba todos los besos de la monísima boca de la señora Fernández, y el que ocupaba todo ese corazón bueno, generoso, formado sólo para el amor y animado también por el amor...

No titubeó, pues, un momento al leer el papelito escrito con la tinta de anilina morada del colegio de los jesuitas, y envió con el sirviente el álbum de sellos, no sin quedar preocupada de ese «no crea que estoy enfermo», que revelaba tan inocentemente el deseo del chico de ocultar algún dolor ó molestia.

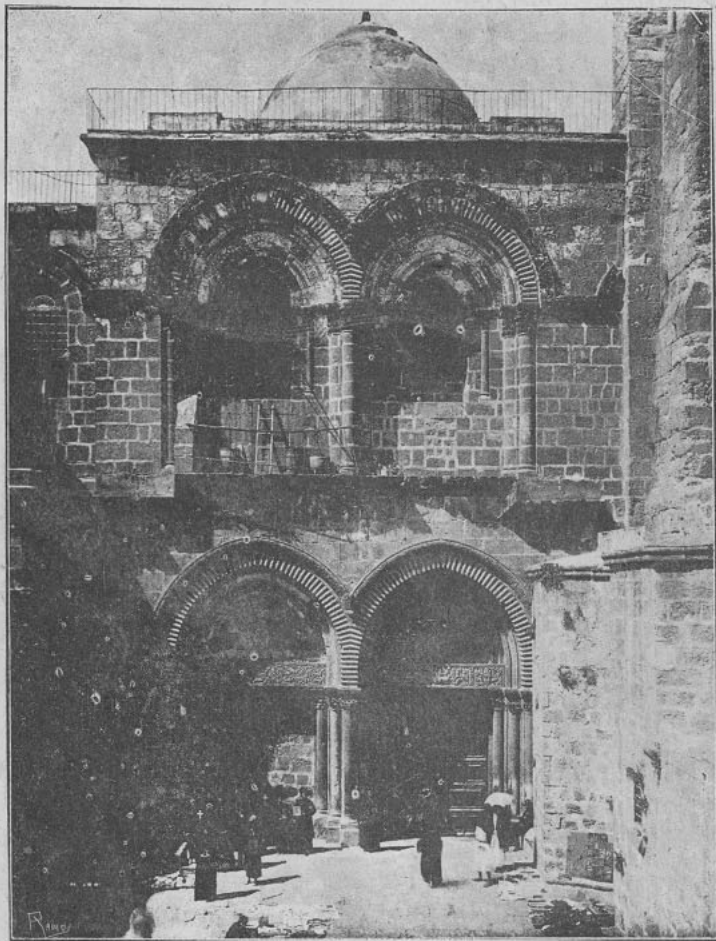
Y efectivamente Luisito había amanecido ese día con el color de la cara algo encendido, los ojos un poco más inquietos y luminosos que de costumbre, y con poquísimas ganas de jugar.

Rehusó tomar parte en una «*barra inglesa*» refiada y sumamente interesante, en un partido de pelotas y en una *troya* en que tenía muchas probabilidades de ganar.

Apenas recibió el álbum, lo abrió precipitadamente, y sus ojitos negros y saltones se fijaron con viveza singular en un hueco rodeado de numerosas estampillas de Guatemala. Ese hueco era el sitio en que tenía reunida todas sus ambiciones y sus sueños todos. Era un sello azul,—*azulito*, como decía él—con una cabeza en el medio, que había visto un día en la vidriera de una cigarrería de la calle de Bandera y que costaba tres pesos.

¡Tres pesos! Una fortuna, una verdadera fortuna, siete veces su semanal de cuarenta centavos que le daba su mamá al salir del colegio! ¿Qué hacer? ¿Cómo podría seguir ese hueco blanco, solo, en medio de toda una página de sellos?

Luisito acudió á un compañero que también tenía colección y le expuso el horrible estado de la suya. «Yo te lo conseguiré—le contestó el otro chico—*mira*, te lo voy á conseguir de un tío mío que escribe en un diario, y recibe cartas de todo el mundo y además de la China.



EL SANTO SEPULCRO (Jerusalén)

Luisito estaba visiblemente agitado, sentía la cabeza abombada, y un calorillo fastidioso le hacía latir las sienas constantemente. Un inspector se acercó á él, lo miró un instante, le tocó la frente con la mano y no pudo menos de alarmarse.

—¿Qué tiene Ud., Luis?—le preguntó.

El chico le mostró su álbum, apuntando tristemente el hueco blanco:

—Me falta un sello de Guatemala!

Pero momentos después, el niño era conducido á la cama y examinado por el doctor... cuarenta grados de fiebre... podía ser tifus... podía no serlo... tal vez una infección... en fin, las dudas y las incertidumbres de siempre.

Se acordó que no se avisaría á la casa hasta el día siguiente, por si la fiebre bajaba con algunas cápsulas de fenacetina, convenientemente distribuidas de tres en tres horas.

Cuando Luisito quedó solo, tendido en su blanca camita de colegial, y miró toda la sala, al través de las cortinillas, solitaria, sin un solo compañero, sintió miedo. Pero muy luego el sello *azulito*, el sello de Guatemala, llenó enteramente su afebrada cabecita y volvió á abrir el álbum para mirar ese hueco desesperante.

¡Tres pesos! ¿Será muy difícil ganar tres pesos? ¿Tendrán tres pesos en casa? ¡No haber nacido en Guatemala! ¡Si hay niños en Guatemala, deben ser muy felices con el sello azul, y tendrán muchos sellos á tres pesos cada uno!

La fiebre apretaba, apretaba, y el colegial había echado atrás la cabeza y fijaba los ojos en el techo, viendo reproducirse millones de veces el sello azul.

Llegó la noche y con la noche los colegiales, que ocuparon sus camas, tosieron, dejaron caer los zapatos sobre el entablado y después se durmieron profundamente.

Uno solo velaba. Luisito no separaba los ojos del techo, deleitándose en esa loca abundancia de sellos azules. ¡Cómo tomar alguno!

Entraron al dormitorio el médico y un jesuita, y apartaron el álbum de las manos del chico. El termómetro marcó cuarenta y un grados. El doctor salió moviendo la cabeza, remate obligado de tantas curaciones!

Luisito deliraba. Con los ojos fijos en el techo, hablaba á media voz con los ángeles que revoloteaban al rededor de su cama.

Ellos lo llamaban desde lejos, haciéndole señales misteriosas, y él les preguntaba si en el cielo hacían colecciones de sellos *difíciles*.

De repente, Luisito hizo un esfuerzo convulsivo y se incorporó de un salto en la cama, alcanzó con la mano su blusa azul colgada de una perilla del catre, buscó en los bolsillos y sacó un lápiz. Apoyó el álbum sobre el mármol del lavatorio, pegado á la cama, y comenzó á escribir con el pulso tembloroso:

«*Mamá cómpreme un sello de Guatemala en la cigarrería, cuesta tres pesos, yo se los pagaré cuando esté grande como mi papá si no me lo compra me voy al cielo porque un ángel me ha dicho que allí no cuestan nada...*»

De repente Luisito fijó de nuevo los ojos en el techo, se le iluminó la cara de risa y se dejó caer sobre la almohada.

Había muerto el colegial, y á la mañana siguiente lloraba como una loca, sobre la blanca camita, la señora Eernández, que había adivinado la enfermedad de Luis en esa frase «*no crea que estoy enfermo.*»

La primera salida de la viuda á la calle, lacrimosa aun y roja de llorar, fué para comprar el sello azul y pegarlo en ese hueco, último delirio del colegial.

Y cuando soñaba la morena, porque también era buena como su hijo, y veía ángeles, divisaba entre todos ellos á uno igual á Luis, con dos sellos azules en vez de las alas de plumas de los otros.



IDILIO MUERTO

¡Lo que ella sufría cuando él llegaba tarde! Aquel dolor repetido noche á noche había ido acumulándose en el corazón. Recién casado, en plena primavera de amor, él la abandonaba y la dejaba llorar hasta muy tarde, hasta que muy pálida, al despuntar el alba brumosa de las montañas de invierno, se recogía al ancho lecho, frío y blanco.

Ella fué poco á poco palideciendo. A su cara, tan blanca como una hostia, iban apuntando dos ojeras sombrías. Al principio fué como una larga y resignada melancolía, después

un desplome, una muerte anticipada del espíritu. Cuando él volvía réfa **cruelmente** al lado de aquella ave enferma, su champagne mundano:

—Mi avecita, mi bien, alégrate. Hay tanta vida por delante... Verás...

Y la avecita trataba en vano de soureir con aquellos labios tan blancos de enferma. Parecía tener rotas las dos inmensas alas de su espíritu. Cuando hablaba parecía, como Ofelia, deshojar las últimas flores. Y aquel Hamlet sin talento, ebrio, hacía un poco de dolor junto á la enferma; después se iba para volver muy tarde, colocando su pañuelo en la pechera para ocultar las manchas del vino.

Era inútil, porque la pobre moribunda, al besar en sus desvanecimientos los labios de él, sentía en el alma como un vago recuerdo de tristezas idas. Era aquel olor del vicio, mezcla de alcohol y polvos de arroz, que iban á clavarse como un dardo, violentamente, en el corazón.

Después, ella murió. Murió de dolor simplemente. La pobre se fué resignada, sin modular una queja, apenas un fugitivo suspiro, en el que no había ni sombra de un lamento.

Cuando él volvió por la noche y la encontró muerta y al verla así tan blanca, tan muda, mirándole fijamente, experimentó miedo. Luego miró las oscuras pupilas de los ojos abiertos y se quedó así largo rato. Una mano de la muerta, cayó sobre su cabeza y lleno de terror miró de nuevo aquellas pupilas en donde en medio de tantos dolores lloraría para siempre, en último reposo, un idilio roto, vencido, ajado. Y siguió así, sin poder hablar ni llorar, oprimida la garganta, como si un misterioso verdugo ejecutara la sentencia.

Después se llevaron á la muerta, y al quedar el lecho vacío, flotó por la sala un olor de nido, de flor marchita, de rosa deshojada. Tal vez era el alma de la pobre muerta que no quería irse y dejarle á él solo, al esposo amado...

CYRANO DE BERGERAC.

NUESTROS GRABADOS

Presentamos á nuestros lectores cuatro hermosos fotgrabados de semana santa, que serán—no lo dudamos—de universal aceptación.

La segunda portada del presente número es una *Dolorosa* llena de la más infinita

tristeza, que caracteriza perfectamente el duelo solemne de la Iglesia en esta semana de grandes recuerdos.

El grabado del *Descendimiento* es el célebre cuadro de Fra Angélico.

Los otros dos, el del *Huerto de los Olivos* y el *Santo Sepulcro*, han sido tomados de espléndidas fotografías traídas de Jerusalén por un viajero chileno.



Cazadores Jeneral Baquedano

- ¿De dónde viene el vino?
- De uva.
- ¿Y la uva?
- De parra
- ¿Y entonces cómo dñantres mi Coronel Parra nos mete al calabozo cuando llegamos curáos al cuartel?

De cómo se ideó el Crucero «Río de la Plata»

No fué soberbio alarde, ni loco empeño,
ni quimera forjada por febril sueño:
fué viril entereza, tras rudo espasmo;
fué poderoso grito del entusiasmo;
fué explosión cariñosa del hijo amante
viendo á la madre herida y agonizante;
fué latido uniforme de nobles pechos,
al mirar conculcados santos derechos,
para lanzar discordias al hondo abismo
y alistarse en las huestes del patriotismo:
.....
y el óbolo del prócer y del obrero,

y la santa limosna del pordiosero,
y el genio del artista siempre fecundo,
para sembrar primores por todo el mundo,
y el valioso tributo de lindas flores
pregonado por labios encantadores,
los que á la idea dieron forma sensible
salvando las fronteras de lo imposible.
.....

(Al crucero *Río de la Plata* á su arribo á Buenos Aires).

ADOLFO F. CAMPORREDOND.



La portada principal de este número es una hermosa cabeza de estudio del afamado dibujante señor Córdova, con que hemos querido honrar estas páginas. En ella se ve el brazo vigoroso del lápiz y se demuestra la avezada mano del profesor y el rasgo brillante del artista.

* * *

A los Avisadores.—El exceso de material de este número y el recargo de trabajo que nos ha venido á última hora con la llegada del crucero *Río de la Plata*, nos ha impedido en absoluto incluir los nuevos avisos artísticos que debían entrar en él. Pedimos por ello excusas á los avisadores que nos habían honrado con su cooperación, y prometemos resarcirles de este atraso justificado.

INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

Número suelto 10 centavos
Número atrasado 20 »

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.



MANTOS velo de monja, calidad extra, punto al aire..... \$ 9,90

MANTOS espumilla de la China y francesa

MANTOS velo diáfano, \$ 5,90, 4.50 y \$ 3,75

Las Novedades Parisienses

SOMBREROS

PARA

SEÑORAS, SEÑORITAS Y NIÑITAS

SEDERÍAS DE TODAS CLASES

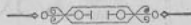
Géneros de lana, surtidos lindísimos, exclusivo de las primeras modistas de París y de nuestra casa.

EL NUEVO CATÁLOGO ILUSTRADO SALIÓ



SANTIAGO — Oficina Central: SANTO DOMINGO, 1061

Teléfono Americano, 241



Teléfono Nacional, 47

Los quemadores de gas incandescente son adaptables á toda clase de lámparas, y la Compañía los coloca sin gravamen para el propietario. Dan una economía en gas de 40% y más del doble en poder alumbrante, con relación á los quemadores antiguos.

PRECIOS:

Quemadores con mecha y tubo colocados.....	\$ 2.00
Tubos reemplazantes, colocados.....	» 0.40
Mechas reemplazantes, colocadas.....	» 0.30

Hay en venta un gran surtido de artículos para gas incandescente.

Gran variedad en Globos, Rosas de cristal y Tubos de diferentes formas.

El Gas que se consume en el uso de las Cocinas, Motores ó Industrias, siempre que esté deslindado dicho consumo por medidores, la Compañía cobra solamente \$ 3.20 por el mil de pies cúbicos y arrienda medidores con este objeto.